

A horas y a deshoras

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.
Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado;
tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar;
tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar;
tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de no abrazar;
tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar;
tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar;
tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz.

ECCLESIASTES 3: 1-8

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. El tiempo tuyo es el completo, el eterno: contigo: a horas y a deshoras; contigo, *En la salud y en la enfermedad*; parece decir el sujeto lírico creado, inventado por Beatriz Russo en el poemario del mismo nombre.

En la salud y en la enfermedad es un álbum fotográfico, un mar de pensamientos, una obra teatral integrada por monólogos unidos por la imaginación del lector. Teje una historia de amores y desamores, encuentros y desencuentros, a la manera, también de imágenes en la pantalla del cine.

Un poema, suele decirse en la academia, no refleja precisamente una historia, que es característica de la narrativa, ni un tiempo ni un espacio definidos; sin embargo, este poemario contiene una historia hábilmente urdida, que despierta los sentidos y los hace transitar, y recuerda sentimientos y sensaciones conocidas pero a veces olvidadas por los adultos envueltos en la rutina.



Sinestesia sería entonces la palabra adecuada para describir *En la salud y en la enfermedad*; sinestesia, que significa asociar a un sentido –incluso emocionalmente– lo que naturalmente se es percibido por otro u otros sentidos. En este caso, la palabra tiene la virtud de producir repentinamente la sensación y el recuerdo de una ventana mojada por la lluvia en una tarde en que se espera una llamada telefónica; el palpitar del corazón cuando llega; el desencanto cuando del ser amado nada queda, o el gozo de saber que con el reencuentro revive el amor. La mezcla de dolor y alegría al ver al ser amado; el sereno placer de verlo mientras duerme. La ironía de saber que la antigua, la más antigua profesión de Amanda ya no es un secreto.

Alicia sería el nombre –aunque cada quien podría inventar el que quisiera– de quien se asoma en cada foto, es decir, en cada página del libro: Alicia, hija, quizá o amiga o rival de Amanda; ésta orilla al abismo del cansancio con su ojal peligroso: del fastidio del beso a fuerzas, bajo horario preestablecido, sin el antiguo amor. Alicia, o tú o yo, la resignada a una vida sin luz, en la ignorancia y con la pereza de girar la perilla de la puerta para salir a vivir de nuevo. Amanda, la dama enmascarada o la *barbie* que no sabe qué decir. O bien Alicia, la que mira suceder la vida de los hombres y las mujeres a quienes les explotaba la vida en las manos de tan intensos y jóvenes y maravillosos que eran en la alegría cotidiana. Alicia, la de las fotos instantáneas, la mujer (u hombre) que vive tras de la sonrisa de las fotografías.

Beatriz Russo crea un mar de historias, en que el lector encuentra imágenes de diapositivas independientes una de otra, pero tan juntas, tan unidas que cada poema es suficiente por sí mismo, aunque el disfrute es mayor con el conjunto completo, y con la secuencia que cada lector quiera darle a su lectura. En la primera parte: *En la salud...*, las instantáneas 1, 2, 3, 4 y 5 son el marco, un álbum fotográfico que se mira pensando en el futuro en que “puedes ya no estar, y yo te miro así, desde la nostalgia de una tarde nublada de soledad ante la extensión inalcanzable del océano”. Entre las imágenes, los pensamientos arman cada poema.

Una cadena de ideas se arma al mirar las fotografías de los momentos añorados. Mirar una fotografía hace pensar, soñar, imaginar, recordar: del poema a la imagen, de la imagen a las sensaciones y sentimientos, a las sonrisas y amarguras vividas y perdidas, acaso en la inmensidad del instante y del tiempo transcurrido. Alicia en una foto o el amor en una foto, da cuenta de un encuentro, de una coincidencia, que ya pasó.

Foto instantánea –poema, otra foto instantánea– dos, tres o cinco poemas. ¿Cuántos pensamientos llevan y traen el recuerdo? Beatriz Russo los recrea a partir de una imagen que provoca una cascada de recuerdos, tanto como de cavilaciones sobre la existencia: la nostalgia de los amantes que al tocarse se quedan prendidos del instante de la fotografía. La 5 es una foto velada.

La historia se teje y las historias se tejen, pero ¿es Beatriz Russo quien

las teje en este caso?, o como lo propone el epígrafe de Lawrence Weiner: “Una vez que Ud. sepa de una obra mía, es suya. No existe ningún modo por el que yo pueda trepar a su cabeza y quitársela”.

A ello hay que atenerse. Beatriz Russo no puede robarle a sus lectores las historias que tejen en su nombre; por eso, en la segunda parte *...Y en la enfermedad*, es fácil tomarse la libertad de seguir recreando la poesía en el momento vital particular, porque como dice el “Cartero” de Neruda: “la poesía no es de quien la escribe sino de quien la necesita”.

Regresemos a los versículos del Eclesiastés que sirven de epígrafe a esta reseña para decir: y llega, entonces, el tiempo de perderte, de perderla, de perderlo, de continuar la historia y terminarla. El mecanismo continúa funcionando, pues las secuencias se prolongan y las imágenes del flash son ahora poeogramas: aparece la voz que en el lenguaje de los medios electrónicos se define como “voz en *off*”: pero que en la vocación poética resulta ser lo que no se quiere oír aunque esté presente en cada momento de la vida, y dicte las cosas que tendrían que haber sido diferentes aunque cada quien se eche a perder con quién sabe cuántas simplezas en los momentos menos oportunos.

...Y en la enfermedad está formada por poeogramas, esa suerte de híbrida prosa poética que produce un efecto devastador al que se suma la voz de la conciencia, como voz en *off*, que soplan al oído las cosas que son y no se quieren ver. Hay también poemas intermedios a manera de pensamientos, unidos asimismo por la sinestesia, que permite al lector sumergirse, por ejemplo, en un departamento donde suceden muchas cosas que de tan conocidas hacen explotar a quien lee y lo sorprenden. Sigue siendo un álbum de familia plagado de recuerdos: se puede tener hijos, se puede sufrir desencuentros y engaños; se puede romper las máscaras que nos protegían del exterior. Se puede ir de las manos la Alicia que un día se tuvo como una escultura estática, alumbrada por el foco de los ojos de quien la miró.

...Y en la enfermedad logra una belleza que es también dolor. La palabra recupera momentos vívidos de la experiencia adulta amorosa y desamorosa. Las voces propias se reconocen como momentos robados para ponerlos en los días de una desconocida y tal vez inexistente “Alicia”, ¿o qué nombre se puede colocar ahí? Se puede poner el propio o el del amado que nunca volvió; el del pasado que la nostalgia hace ver a través del distorsionado cristal del tiempo. Es momento de reclamarse: ¿qué hice?, ¿qué no hice?, ¿por qué hice?, ¿por qué no hice de mi realidad algo un poco menos vacío?

Resulta tan aburrida la realidad,
más cuando la pinta siempre la misma
mano que plagia y no reinventa,
que dibuja tus ojos azules y tus ojos
son sólo azules.

Resulta tan aburrida la realidad
que a veces pienso que te invento
y te descubro embalsamada,
única e intacta en mi recuerdo,
como si del difunto tiempo resucitaras...

Porque se tuvo el amor en las manos, a horas y a deshoras, en la salud y en la enfermedad, y se olvidó que es maravilloso, con la última fotografía que cayó al suelo en esa tarde lluviosa en que el álbum cerró sus páginas. Se olvida también que el amor es obligatorio.

No hay que olvidarse, amar es obligatorio,
es un deber profiláctico,
amar para prevenir la hipocondría,
amar sanando el dolor ajeno,
amar para que fluya la corriente
y no se nos queden los líquidos estancos,
amar para entrenar al corazón
y subirle los biorritmos.

No hay que olvidarse, amar es obligatorio,
es un deber dialectológico,
amar para aumentar el vocabulario,
y traer antónimos, para que el odio y sus sinónimos
no sean mayoría,
amar para que el músculo de la lengua
no quede anquilosado,
amar para segregarse saliva y pronunciar mejor
las consonantes bilabiales,
o amar para llevarles la contraria...

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de tener el amor y tiempo de estar abandonado; tiempo de mirar el álbum de amor y tiempo de construirse la historia de amor; tiempo de volverse a encontrar en las páginas de un libro para estar con ella, con él, con ellos: *En la salud y en la enfermedad*. LC

En la salud y en la enfermedad, Beatriz Russo,
Madrid, Sial/Fugger Poesía, 2004, 64 pp.

